

DP 176

S2

v.3

Esta obra es propiedad de la  
casa de D. Ignacio Boix, Editor  
en Madrid.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## HISTORIA

DE

# FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

### CAPITULO XLVIII.

Asuntos de Francia.--Enrique de Valois en Polonia.--Descontento del rey.--Sabe la muerte de su hermano Carlos.--Se evade de Polonia.--Pasa por Alemania é Italia á Francia.--Se declara del partido católico.--Sus devociones y mas actos religiosos.--Es coronado y consagrado en Reims.--No edifican sus devociones al pais.--Se censuran sus vicios.--Se le acusa de hipocresia.--Formacion de la Liga católica sin contar con el monarca.--Indole de esta asociacion.--Sus designios secretos.--Vacila el rey sobre el partido que le conviene adoptar.--Convocacion de los Estados generales.--Se reunen en Blois.--Piden los Estados la revocacion del último edicto.--Accede el rey.--Se declara jefe de la liga católica.--Nueva guerra.--Nuevo tratado de pacificacion.--Descontento del rey de España. (1)

1574—1578.

**F**UE recibido Enrique de Valois en Polonia con admiracion, por su gallarda presencia, gracias personales y fama de su nombre, como capitán al mismo tiempo que con disgusto, por el recuerdo de su participacion en la matanza de los calvinistas. Se puede decir que excitó

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XL y XLI.

006699



desde un principio mas odio que cariño, y que á lo menos fué objeto de suma desconfianza. El mismo desvío que mostraban los polacos por el rey, animaba al monarca con respecto á los polacos. Ni el clima, ni el suelo agreste, ni aquellas costumbres groseras y marciales, ni aquellas Dietas, ni aquellos palatinos y hombres tan celosos por la conservacion de sus derechos, podian ser del gusto de un príncipe jóven, acostumbrado á los devaneos y pasatiempos de una córte galante, voluptuosa y corrompida; córte en que Enrique figuraba como en primer término. Participaba la juventud francesa que le habia acompañado, de sus mismos sentimientos, y los recuerdos del Louvre, de sus fiestas, de sus bailes, de sus máscaras, de las damas que los habian favorecido en otro tiempo, eran los solos recursos con que llenaban el vacío de una existencia monótona y triste. Con el tiempo se mitigaron las antipatías, y debilitaron en gran manera los recuerdos. Fué ganando poco á poco el rey las buenas voluntades de sus súbditos, y como siempre estaban amenazados de guerra con los turcos, no les pesaba tener á su frente un príncipe jóven, que ya se habia cubierto de gloria en los combates.

Cuando se hallaban en esta situacion las cosas, llegó á oídos del rey la muerte de su hermano. Ya antes de su salida de Francia contaba con su sucesion, y la misma reina madre le habia dicho al despedirse de ella: «no estarás por allá, hijo mio, mucho tiempo.» Al comunicarle esta princesa tan importante novedad, le instaba á que se pusiese cuanto antes en camino para Francia, donde los negocios reclamaban su presencia; y le encargaba ademas que no se descuidase en enviar la confirmacion de su nombramiento á la regencia. A la muerte de Carlos IX, quedó, como sabemos, Catalina revestida de este cargo, que ejercia con su habilidad y sagacidad acostumbradas. Eran siempre difíciles las circunstancias en que se hallaba el país, donde el horizonte no acababa jamás de serenarse. Continuaba la union entre los calvi-

nistas y el partido político, ó sea moderado. El rey de Navarra y el nuevo duque de Anjou, jefes de este partido de fusion, habian sido perdonados, pero permanecian en la córte casi en condicion de presos. Se habia refugiado á Alemania el príncipe de Condé, y manifestaba hacer preparativos para entrar á mano armada en Francia, á la cabeza de los antiguos reitres. Se hallaban llenos de esperanza los calvinistas de dentro, y los católicos de su partido estrechaban los vínculos de una alianza, que consideraban como la base de su engrandecimiento. Llegó la publicidad de todos estos sentimientos, hasta el punto de celebrar los protestantes una asamblea muy solemne en Milhau, donde se establecieron las bases de su conducta para lo futuro, ya de paz, ya de guerra, segun las disposiciones de la córte. Revivia, pues, el partido calvinista, y la reina madre, tan ansiosa siempre de tener á raya el dominante por medio de la influencia del contrario, no propendia á desplegar un sistema de gran severidad, en medio de las inquietudes que la actitud de los calvinistas la inspiraba. Tales eran las importantes noticias que al rey de Polonia comunicaba Catalina. El disgusto de vivir en aquel país del Norte, el deseo de volver á Francia, y el cuidado en que le tenian sus negocios, fueron otros tantos estímulos, que le impulsaban á salir cuanto mas antes de Polonia. Mas, se le ocurrió una gravísima dificultad, á saber, que los polacos recelosos de que los abandonase el rey, expiaban todos sus pasos, y le guardaban como si se hallase preso. No le quedaba á Enrique otro recurso que la fuga. Por la primera vez se vió el ejemplo de un rey evadiéndose del país donde ocupaba un trono, y de donde sus súbditos no le permitian marcharse por amor á su persona. Salió bien Enrique con su tentativa. A favor de un disfraz, pasó sin obstáculo la frontera de Polonia. Atravesó la Alemania, de cuyo emperador fué acogido con muestras de grande estimacion, y tomó la via de Italia, pasó por Venecia, por los Estados de Milan y el Pia-



monte, recibiendo por todas partes obsequios y toda especie de homenajes.

Se aguardaba en Francia con muchísima inquietud la llegada del rey, porque se ignoraban sus ideas acerca de los partidos que la dividían. Muy pronto se disiparon las dudas, y se puso en claro su resolución de adherirse en un todo á los católicos, con exclusion de sus contrarios. Manifestó á estos últimos que no era su intención molestarlos en ningun sentido, ni tampoco el perseguirlos, con tal que se mostrasen fieles al culto católico y á las antiguas leyes, que dejasen las armas y restituyesen las plazas que ocupaban, pues de lo contrario serian expulsados del reino, llevándose sus bienes adonde mejor les pareciese. Para mostrar mas la sinceridad de estos sentimientos, asistia en público á todos los actos religiosos, se incorporaba en las procesiones, se afiliaba en las cofradías de los penitentes, tan comunes en aquella época, vistiéndose de su saco negro ó blanco, pues los habia de los dos colores. De esta manera se condujo en Marsella, en Aviñon, en Lyon y en todos los pueblos de su tránsito hasta Reims, donde fué consagrado y coronado. En París, donde hizo su entrada pública de allí á muy pocos dias, crecieron sus manifestaciones de celo por la religion católica, sus actos devotos, su asistencia á las procesiones de los penitentes, sus visitas á los conventos y demas casas religiosas, no descuidando en fin ninguna ocasion de presentarse al pueblo de París y á la Francia entera, como el alma principal de los católicos.

Que tal era su plan, lo manifestaba su conducta, aunque en realidad tampoco se pueden achacar estos actos á pura hipocresía, conociendo la índole del tiempo. Tal vez era una política acertada; mas Enrique III, á pesar de su alta dignidad, no era hombre para representar el principal papel en cosa alguna. Desde las dos victorias conseguidas en su primera juventud, habian decaido singularmente su crédito y prestigio. Ni sus costumbres, ni su carácter, le daban medios de ser jefe de ningun partido.

Los moderados que favorecian á los calvinistas, vieron en el rey un obstáculo á sus planes favoritos. : los católicos ardientes que reconocian al duque de Guisa por su jefe, no se pagaban de sus actos devotos, de su hábito de penitente, y otras mas demostraciones que no se tenian por sinceras. Unos y otros hacian la sátira de sus amores, de sus vicios, de sus costumbres licenciosas, llegando á acusarle de desórdenes feos á que se entregaba, bajo el manto de sus devociones.

En cuanto á los calvinistas, no se arredraron con los sentimientos hostiles del monarca. En lugar de rendir las armas, de entregar sus plazas fuertes, se movian y agitaban mas que nunca. El príncipe de Condé en Alemania, procuraba el alistamiento de los reitres, y el rey de Navarra no pensaba mas que en sustraerse de una córte donde se hallaba como esclavizado. El duque de Anjou dejó á París, y se retiró como fugitivo á sus Estados. Todo hacia creer en una próxima ruptura, que al fin tuvo lugar, á pesar de toda la astucia conciliadora de la reina. Los reitres de Alemania entraron, y aunque fueron vencidos por el duque de Guisa, no sufrieron una derrota decisiva. El rey de Navarra por su parte, habia llevado á efecto su plan de evadirse de la córte, dirigiéndose á sus Estados de Bearne. Luego que pasó el Loira, arrojó de una vez la máscara que llevaba hacia tres años, y renunciando á la comunión católica, se volvió á declarar altamente protestante.

Comenzó Enrique III á sentir todas las amarguras de su posicion, tan desdolorosa para la dignidad de un rey de Francia. Los calvinistas, el partido político ó moderado, los católicos ardientes, hasta su mismo hermano el duque de Anjou, todo se le mostraba hostil, ó al menos no amistoso. Los partidos tenian sus jefes, y en realidad no estaban con ninguno. La guerra en que estaba ya medio empeñada toda la nacion, manifestaba un aspecto muy dudoso. Era, pues, de toda necesidad conjurar la tormenta y apelar á la via de las negociaciones,



La reina Catalina que conocia esta verdad mejor que nadie, puso en movimiento los resortes de toda su política. Se dirigió á los calvinistas, quienes sin dificultad adoptaron gustosos los términos de conciliacion favorables á sus intereses. Se ajustó, pues, un tratado de paz en 1576, y era el cuarto despues de aquellas contiendas tan reñidas. Se dió dinero á los reitres para que volviesen á Alemania. Quedaron los calvinistas con el libre ejercicio de su culto, y la posesion de las plazas fuertes que tenian como en rehenes; en fin, en los mismos términos y bajo el mismo pié que en el año 1570.

Perdió con este tratado el rey de Francia todo su crédito con los católicos ardientes. Los sacrificios que habian hecho de tantos años atrás para acabar con el partido calvinista, las matanzas de San Bartolomé, todo habia sido inútil, puesto que sus enemigos se hallaban triunfantes como nunca. Los jefes de este partido, en quienes intereses de poder y de ambicion ejercian por lo menos tanta influencia como los puramente religiosos, daban pábulo á estos sentimientos de indignacion que les abrian una nueva carrera de agradecimiento. No es un rey afeminado y corrempido, decian, el verdadero representante del catolicismo en Francia. Sus devociones, sus penitencias, no son mas que una máscara con que oculta sus vicios y sus disoluciones. Su último edicto de pacificacion manifiesta bien que prefiere una indolencia vergonzosa á la noble ocupacion de acabar con los enemigos de su reino: pues bien, si el partido católico necesita obrar con energía para su propia salvacion; si carece de una cabeza que le dé el impulso; si el rey se halla incapacitado de ponerse á su frente, ¿no es justo, no es necesario que los católicos se unan, se ligen y encuentren en los vínculos de su asociacion la fuerza que no les dá el celo y decision ardiente de su monarca? ¿Qué recurso nos queda mas que el de esta liga, si no queremos caer por castigo de nuestra negligencia en las garras de los malditos calvinistas?

Tales fueron las insinuaciones que esparcieron unos, las ideas que concibieron otros, los sentimientos que animaban en fin á los católicos ardientes. El temor por un lado, la ambicion por otro, el deseo de humillar al rey y trabajar en su descrédito, tales fueron los móviles de la vasta asociacion católica que con el nombre de *santa liga* se formó en Francia, sin contar con el rey, y desafiando en cierto modo toda la autoridad de que estaba revestido. Al frente de esta liga figuraban los príncipes de la casa de Lorena, y especialmente Enrique, duque de Guisa, tan querido, tan ídolo del pueblo como lo habia sido su padre en otro tiempo. Activo, generoso, magnánimo, brillante con todos los adornos exteriores, dotado de la misma afabilidad y maneras cariñosas hácia el pueblo, tan valiente y afortunado capitán, católico tan celoso y tan ardiente; en todo era Enrique de Guisa digno heredero de su padre. En las matanzas de San Bartolomé habia representado el principal papel y dado el impulso mas eficaz y mas activo. Últimamente se habia distinguido contra los reitres de Alemania, habiendo contribuido una herida que recibió en la cara, al aumento de su prestigio con el pueblo, que desde entonces le designó siempre en sus momentos de entusiasmo con el epíteto de *Balafre* (Chirlado).

Era, pues, el Chirlado uno de los hombres que podian hacer sombra á la autoridad de un rey, y Enrique III, que á pesar de su ligereza y hábitos indolentes no carecia de entendimiento, estaba muy penetrado de lo mismo. En caso de ignorarlo, allí estaba su madre, astuta y sagaz, que no podia menos de hacérselo presente. Pero tenian que tolerarle á pesar suyo y poner buena cara á un personaje popular que ejercia tan positivo poderío. Que el duque de Guisa estaba apoyado por el rey de España, de quien recibia instrucciones por medio de su embajador, lo acredita la activa correspondencia entre uno y otro, que todavia existe en los archivos. Para el rey de España era digno de su favor y de